

FABULARIO

A veces en tardes silenciosas (Poemas escogidos)

Por Camila Uribe¹

Bestiario doméstico

Hoy soy eso que se derrama del vaso que pusiste sobre la mesa,
lo que se estremece y cambia de color.
Eso que se riega y sobrepasa triunfante el borde...
Lo que gotea por la esquina de la tabla y corre precipitadamente
hacia la pared.
Soy eso que se asienta en el fondo, lo que amanece blanco y seco
sobre la madera.

En la intemperie

Mis sandalias caminan solas en la noche,
se alejan de la cama y salen por la puerta.
Van a buscarte.
No grites cuando las veas entrar en tu alcoba,
bien sabes que a mi deseo no le gusta andar descalzo.

¹ Profesional en Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena. Ha sido corresponsal, editora y colaboradora de diferentes revistas y medios digitales. Algunos de sus poemas, artículos y entrevistas se encuentran publicados en revistas como *Noventaynueve*, *Unicarta* y *Epígrafe*. Es autora del guión para cortometraje "Los zapatos, violeta". Actualmente adelanta la Carrera de Especialización en Procesos de Lectura y Escritura en la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Autora del poemario *A veces en tardes silenciosas* (2011), publicado en la colección "Voces del fuego: testigos del Bicentenario" (Cartagena, Ediciones Pluma de Mompox).

A veces en tardes silenciosas

Tengo una caja llena de hombres de todos los colores y sabores.
A todos los he querido, por eso los guardo sin corazón.
Los corazones van aparte, envueltos en papeles de colores.

En las tardes silenciosas me dan antojos de corazón, entonces
abro la caja y escojo uno
lo desnudo de su envoltura
y ya dentro de mi boca, muerdo para que sangre un poco.

Me gusta el sabor del amor reposado.

Nunca he comido uno completo: prefiero guardar y morder.
Pero sólo en tardes silenciosas.

Sugestionando vampiros

Tomas del suelo mi sangre (sangre negra de araña enamorada)
y la untas debajo de tus ojos.

Me imagino entonces subiendo por tu cuerpo,
en medio del naufragio carmín en que te hundes

Transfusiones a la almohada

y sentir tan sólo por un segundo
tus ojos mordiendo mi carne.

Te darías cuenta de que no hay otra a quien debas beber.

Mirmecología

Con tu lengua corto las venas de mi brazo, a tal filo no se resisten.
Con sólo rozarlas se sueltan de las manos y dan paso a tu cuchilla.

Me apuñalas con tus dedos y esa baba azulosa escurre sin que puedas
detenerla,
ensucia el piso y enamora a las hormigas.

Ofrenda

Cada quien cargue su culpa
hasta que de llagas se llene
la comisura de los dedos.

Cada quien cargue su culpa
levántela a la altura de la frente
ligera
y una vez arriba,
hágala pesar más que su alma.

Arrástrela hasta la puerta de la iglesia
cada mendigo merece un trozo.

